

La bruma.

detesto
molestar

I

Tras pasar una vida básicamente respetuosa con la ley, el anciano se disponía, a la edad de 89 años, a transgredirla si no por primera, sí probablemente por última vez. Hacía toda una vida que no pisaba aquel edificio que tantos recuerdos le traía, o que debería haberle traído de no ser por ese estado mental de constante confusión en que se encontraba sumido cada vez más a menudo, pero tras pasar en él la mayor parte del día, no consiguió que vinieran a su mente esas evocaciones que tan desesperadamente había ido a buscar, especialmente aquella que se le antojaba tan importante sin saber a ciencia cierta cual era. Sin embargo aún esperaba que la visión de algún detalle hiciera volver esa esquiva memoria suya que tan obstinadamente se empeñaba en darle esquinazo, de modo que, sabiendo pronta la hora del cierre, empezó a buscar un lugar donde esconderse para poder continuar con su exploración una vez que se cerrasen las puertas y la facultad quedase desierta. Esperaba tener todo el fin de semana por delante, si era necesario.

Encontrar un escondite en un edificio como el de la Facultad de Medicina no debería suponer ningún problema, no por su conocimiento del mismo (con los años se le había vuelto irreconocible), sino por lo enrevesado de su vetusta estructura que, si bien formaba parte indispensable de su encanto, hacía que lo verdaderamente dificultoso fuera encontrar después el camino de salida. Recordaba, porque las cosas que no le resultaban importantes las recordaba con tremenda nitidez, que cuando empezó a trabajar allí, se podía llegar a cualquier punto de la casa (como gustaban llamarla) por el interior y desde cualquier planta, sin necesidad de salir a la calle o dar ningún rodeo, pero ahora comprobaba que con la edad le habían nacido tabiques del mismo modo que a él le habían salido arrugas, convirtiendo la orientación allí dentro en un surrealista ejercicio de prestidigitación. Como si fuera necesario poner trabas extra a un edificio de 90.000 m² que de por sí cuenta con ocho pabellones y de entre tres y cinco plantas cada uno. Pero tenía tiempo y no le preocupaba perderse, porque la desorientación había pasado en los últimos meses a formar parte tan consustancial a su vida que había aprendido a convivir con ella con la misma naturalidad

que con la respiración o la vista, así que decidió cual era el lugar más apropiado y se dispuso a esperar.

Escondido en el hueco de la escalera que va al sótano del pabellón VII, lo que él conoció como policlínica y hoy aparecía rotulado como Sala de Habilidades de Terapia Ocupacional y Sala de Tutorías de Idiomas, empezó a pensar en lo que había visto hasta el momento, y se dio cuenta de que en realidad, los cambios en el edificio eran triviales en comparación con los que habían sufrido sus habitantes. En sus tiempos todos vestían de corbata, o al menos con mucha más formalidad, ahora incluso los empleados que debían ir de uniforme lo llevaban con una cierta desgana, no como antes que parecían considerarlo una señal de distinción. Pero esa situación no le desagradaba, se veía mucha más variedad y, por qué no, alegría. El edificio, sin embargo, no había perdido ni un ápice de su elegancia original, algunas zonas estaban en mejores condiciones que otras, pero aquella majestuosidad que antaño hacía sentir a los que trabajaban o estudiaban en ella un cierto orgullo, seguía intacta.

II

Aquel sitio me impactó desde el primer día. Para alguien como yo, de extracción humilde, poner el pié en aquel suelo de mármol, atravesar las columnas de aquella entrada tan impresionante, suponía una sensación tan desconocida que tardé en asimilarla: de alguna manera me estaba sintiendo, probablemente por primera vez en mi vida, una persona importante. Ese era un sentimiento bastante inadecuado para alguien de apenas 18 años y que iba a incorporarse a su primer puesto de trabajo, si exceptuamos la tiendecita de ultramarinos de la familia, pero al ver ese cuadro de la entrada, el más grande que jamás había imaginado, con esos doctores tan serios, no pude evitarlo.

La seriedad era precisamente otra de las cosas que me llamaron poderosamente la atención, los ordenanzas que salían a la puerta a recibir a los catedráticos para llevarle el maletín, el gesto adusto de muchos profesores y la aparente responsabilidad de los estudiantes, todos tan diferentes de los chicos de mi barrio, todo ello me intimidaba tanto como me atraía. Después me di cuenta de que en realidad no todo era tan serio, pero en presencia de los profesores todo el mundo guardaba las formas hasta extremos para mí inimaginables. Y yo formaba parte de todo aquello.

Cuando por fin me atreví a pasar del hall de entrada, me encaminé a la portería para que me indicaran donde debía dirigirme, y allí hablé por primera vez con los bedeles, lo que para mí fue una suerte de conmoción porque con aquellos uniformes tan pulcros me parecían casi ministros. Pronto descubrí que eran toda una institución y que era muy importante llevarse bien con ellos, aunque en aquella primera ocasión, probablemente debido a mi timidez, creo que no les causé una gran impresión ya que hube de volver a preguntar como llegar a la Secretaría de Alumnos, mi destino, porque apenas me alejé unos metros del hall del pabellón central, me despisté. Al principio pensé que me tomarían por una cateta, pero con el tiempo descubrí que perderse allí dentro era uno de los ritos iniciáticos más firmemente consolidados en la casa, y que aquella no iba a ser la última vez.

Al segundo intento, conseguí llegar a mi destino, al que iba a ser mi lugar de trabajo, y me dispuse a presentarme al Jefe de la Secretaría con mi carta de credenciales y una emoción que, por alguna razón que desconocía, ninguna de las personas que podía ver trabajando allí, parecía compartir.

III

A cambio de la memoria, su organismo había desarrollado una inusitada capacidad para dormitar a la menor oportunidad de hacerlo, y mantenerse quieto y en silencio en el hueco de una escalera era una ocasión idónea para ello, así que se quedó dormido. Serían las once menos cuarto cuando despertó y, como ocurría tan habitualmente, lo hizo en medio de una gran confusión. No tenía la menor idea de donde se encontraba ni podía reconocerlo, ya que estaba completamente a oscuras. Comenzó a sentir miedo y estuvo a punto de ponerse a gritar cuando, casi por accidente, topó con algo familiar. Cuando salió de casa había previsto varias contingencias, principalmente que podía quedarse allí todo el fin de semana, así que cogió comida, y que de noche no podría encender las luces para no alertar a las patrullas de vigilancia de su presencia, así que cogió una linterna. Metió esas y otras cosas (nunca salía de casa sin un cuaderno en el que había anotado su filiación y otros datos de interés tras perderse la primera vez) en una bolsa de tela verde a rayas, de las de supermercado de toda la vida ya que no podía ni imaginarse a sí mismo con una mochila como aquellos jóvenes. Esa asociación de ideas le llevó rápidamente a los estudiantes que había visto durante todo el día y llegar de ahí a la facultad no resultó especialmente complicado, así que se rehizo y se dispuso a iniciar seriamente la exploración.

Al principio creyó que todo iba bastante bien, ya que ver sólo lo que iluminaba la linterna le ayudaba a concentrarse en zonas más concretas y eso le facilitaba el trabajo, pero al cabo de una hora se dio cuenta de que en realidad estaba exactamente igual que cuando empezó, de hecho acababa de ver una colilla del tabaco que fumaba él, que ya era muy poco frecuente encontrar, lo que le hizo pensar que tal vez habría pasado ya por allí. Había pensado seguir el plano de la entrada principal e ir desde el pabellón I al VIII por orden, pero ni siquiera había sido capaz de llegar al I porque había una puerta de cristal que le impedía el paso, así que decidió empezar por el II y pensar después como atravesar la Clínica Universitaria de Podología para llegar al I. Y ahora, cuando pensaba que había terminado con ese pabellón e iba a salir al central, veía que en realidad había

llegado al hall del aula 1, donde estaba aquella colilla sospechosa y que además no podía entrar a la clase porque estaba cerrada.

Decidió cambiar de planes y arrancó varias hojas del cuaderno para hacer pequeños carteles que iría colocando en cada estancia cuando pasara por allí, en las puertas en realidad porque estaba casi todo cerrado, y en ellos anotaría la hora a la que pasó y dos flechas, una indicando la dirección de donde venía y la otra por la que se iba, poniendo encima de cada una de ellas las palabras “vengo” y “voy”. Cuando encontrase lo que quería debería recogerlos, aunque tampoco pasaba nada si se dejaba alguno, nadie le iba a perseguir por aquello.

Pero aunque su nuevo plan le ayudaba a orientarse y había logrado ver ya bastantes lugares, llevaba ya tres horas andando de un lugar para otro y no había visto nada interesante. Comenzaba a sentirse muy cansado. Cuando volvió a pasar por enésima vez por el pabellón central, decidió sentarse en un banco a descansar un poco y, de repente, comenzó a darse cuenta de lo absurdo de su plan y a sentirse desalentado. Casi sin darse cuenta, empezó a llorar.

IV

Nada más entrar en el que sería mi despacho, saludé a las personas que lo ocupaban quienes, al identificarme como compañera de trabajo en lugar de cómo estudiante, cambiaron mágicamente el gesto de sus caras y me recibieron de una forma mucho más cariñosa de lo que había imaginado en un principio. Los tres eran jóvenes, aunque no tanto como yo, y dos de ellos eran varones, Raúl y Juan, mientras que la tercera, la que ocupaba la mesa al lado de la vacía que identifiqué como mía, se llamaba Antoñita. Ella fue quien me recomendó que me presentase cuanto antes al jefe, el Sr. García, ya que era muy celoso de la jerarquía y prefería ser él el primero en hablar con los nuevos.

El Sr. García no era tan joven como los demás, aunque no se podía considerar que fuera una persona mayor, «me sacará unos diez años», recuerdo que pensé, pero tenía un gesto tan adusto que le hacía parecer mucho mayor de lo que era. «Tome asiento por favor, Srta. Palacios» fueron las primeras palabras que me dirigió, y lo hizo en un tono que me resultó excesivamente intimidatorio, era una de esas personas que resultan desagradables cuando tratan de ser amables. Además me sonaba extraño que se refirieran a mi como señorita Palacios, y no como Julita, que es como había sido siempre.

Me dio una bienvenida escueta, aunque correcta, y me aconsejó severamente sobre varios de los aspectos de mi nuevo trabajo, que se podían resumir básicamente en que si aceptaba de buen grado la disciplina que le gustaba imponer, no tendría ningún problema allí. «En cuanto a los detalles prácticos de su puesto, Antoñita estará encantada de explicárselos con detalle, ella será quien le introduzca a usted en la casa y le ayude en los primeros tiempos. Ya verá como se aclimatará usted en seguida.» Y me indicó la salida.

Dediqué el resto del día a hablar con mi nueva compañera y a tratar de familiarizarme con los trámites burocráticos de los que me iba a tener que encargar, aunque en varias ocasiones pude comprobar como el Sr. García me vigilaba desde su despacho, ya que la cristalera le proporcionaba una vista privilegiada de toda la sección, especialmente de mi mesa, pero

la compañía de Antoñita me resultaba tan amena que pronto dejé de sentirme intimidada por él.

En una cosa tenía razón mi jefe, el trabajo resultaba relativamente sencillo en cuanto conseguías recordar los procedimientos básicos. Bastante rutinario en realidad, incluso algunos pequeños detalles, como el tener que presentarle al jefe los lápices cuando los gastábamos para que él los midiera y decidiese si ya podíamos usar uno nuevo, me divertían por lo absurdamente mezquino. En los días que siguieron me fui sintiendo cada vez más a gusto con mis compañeros y poco a poco me di cuenta de que, si me organizaba bien, tenía tiempo más que suficiente para conversar con Antoñita, con quien iba naciendo una gran amistad. Lo peor era el horario de ventanilla, a la que tenía que dedicar dos horas al día, sobre todo porque estábamos en una época de poco trabajo y era prácticamente tiempo perdido, hasta que llegó él y se interesó por un trámite, y al día siguiente me preguntó por los documentos que debía presentar, y al día siguiente por el importe de las pólizas, y al día siguiente por los plazos, y al día siguiente me pidió que revisara todos los papeles por si estaban bien y yo le dije que parecía que sí pero que si quería los podía revisar con calma y al día siguiente le contestaría y entonces me daba cuenta de que faltaba una póliza y al día siguiente se lo decía y él parecía alegrarse de tener que volver un día más. Y cuando acabó el plazo y entregó los papeles, parecía que se le iban a saltar las lágrimas, y yo no podía contener una sonrisa porque sabía que él encontraría la forma de hacer cualquier trámite que le permitiera volver a verme.

La viudedad de Anselmo no le trajo sólo la ausencia de su querida esposa, le hizo darse cuenta por primera vez desde que vivía allí de la tremenda enormidad del edificio de la facultad. Antes vivía allí bastante más gente, en todas las facultades residían uno o varios ordenanzas, pero ya hacía tiempo que se habían quedado solos, soledad de la que habían disfrutado sobradamente cuando estaban juntos, pero desde que ella se marchó lo que antes llamaban «su palacio» se había transformado en una especie de opresivo mausoleo. Muchas noches, cuando no podían dormir paseaban por la Facultad y entraban a los despachos y laboratorios donde habitualmente no podían pasar, sólo por el placer de hacerlo, y en ellos pasaban las horas hablando y riendo, viendo las fotos familiares de los despachos de los profesores e imaginando historias con ellos o haciendo alguna travesura inocente como cambiar algo de sitio, incluso tenían un juego secreto de copias de llaves. Pero lo que más les gustaba, sin ningún lugar a dudas, era colarse en el Gran Anfiteatro “Ramón y Cajal” y subirse en el escenario, encender unas velas y bailar sin música, que es la mejor forma de bailar. Ese elegante y teatral escenario de madera, con la iluminación escasa de las velas fue el único testigo de alguna de las más bellas coreografías que se han bailado jamás sobre teatro alguno, solos ellos dos y la música que imaginaban. Eran los protagonistas, el público y la crítica, y no necesitaban nada más, nunca nadie en el mundo necesitó algo menos que ellos. Ahora, cuando no podía dormir, simplemente se mantenía despierto.

Las peores noches daba un paseo por el hall y se sentaba en un banco a fumar un cigarrillo, por el simple placer de hacerlo delante de aquellos enormes carteles amarillos que rezaban: «Los profesionales sanitarios en contra del tabaco», que prohibían fumar en casi todo el recinto, pero esa noche casi se le cae el pitillo de la boca al acercarse y ver a un anciano con una bolsa de supermercado que lloraba desconsoladamente. No era nada nuevo encontrarse a alguien que se había quedado encerrado, pero no a esas horas y, sobre todo, no en ese estado.

Se acercó a él con tanto cuidado de no hacer ruido para no asustarle que consiguió darle el susto de su vida, ya que en lugar de hablarle le puso la mano en el hombro, pero había algo en la

expresión de aquel hombre que le descolocó, una mirada igual que la de su fallecida madre cuando le confundía con su marido y él le decía que no, que era su hijo y ella era incapaz de comprender, una mirada de lucidez incoherente que es peor que la de la locura, una mirada detrás de la cual no hay sino bruma.

No supo contestarle cuando le preguntó que hacía allí, ni aún cuando le interrogó acerca de su nombre o su teléfono. Le ofreció abrirle la puerta, llamar a la policía, acercarle en coche a cualquier sitio, avisar a algún familiar, cualquier cosa, pero sólo consiguió que le dijera «no puedo marcharme sin encontrarlo, sé que está aquí» y cuanto más lo repetía, más alterado le notaba. Daba igual, tampoco tenía nada mejor que hacer, así que le ofreció un cigarrillo y se pusieron ambos a fumar y a esperar el uno a que el otro se tranquilizara y el otro a tranquilizarse.

VI

Antoñita siempre se reía de él, le llamaba «mi enamorado» y me decía que había cazado a una buena pieza, que tenía nombre de aristócrata y seguro que era rico, pero a mi todo eso me daba igual, de hecho prefería que no lo fuese porque las chicas como yo sencillamente no tenían novios ricos. Pero era verdad que llamándose Fernando Braunwald Alesón del Campo no parecía descabellado que viniese de una buena familia, y también lo era que hasta ese momento sólo habíamos hablado de pólizas, impresos y trámites, pero para mi sólo había una cosa cierta, su sonrisa. Esa sonrisa no se podía fingir, de hecho una vez llegó tarde a mi turno y cuando vio a Juan en la ventanilla puso tal mirada de desconsuelo que Antoñita no pudo evitar romper a reír. Y la mirada, esa era sin duda otra verdad porque yo sé que cuando su boca decía póliza sus ojos hablaban de cosas muy diferentes, y hablaban muy elocuentemente además.

Pero llegó un momento en que tuvo que buscar excusas tan inverosímiles para acercarse a la ventanilla, que el Sr. García me llamó a su despacho y me dijo cosas horribles sobre lo inoportuno de las relaciones entre el personal administrativo y los estudiantes y que era una tradición de la casa que ambos mantuviesen las distancias. Me dijo además que durante el horario de trabajo no estaba dispuesto a tolerar que perdiera el tiempo en coqueteos y que de continuar con mi actitud no le dejaría otra salida que contárselo al Decano y que seguro que no estaba dispuesta a arriesgar mi prometedor carrera sólo por una ilusión. Yo estaba ya al borde de las lágrimas, y el debió advertirlo porque cambió completamente su tono y se puso paternalista, lo cual fue mucho peor, «la gente de su clase no se mezcla con la de la nuestra», «usted no tiene experiencia, pero debe creerme a mi que sí la tengo y sé lo que le digo», «él sólo puede buscar con alguien como usted una cosa, que es divertirse un rato y luego dejarla tirada», «¿no esperaría seriamente que fuera a pedir su mano?» Cuando adoptó este tono comencé a notar algo completamente nuevo en su mirada, parecía que el pensar en mí en aquellos términos le había hecho darse cuenta de que en realidad no era ya una niña y parecía entreverse en su mirada un cierto destello de lascivia que se me hizo completamente insoportable. Empecé a pensar que debajo de ese

tono melifluo no se escondía otra cosa que un sátiro y que si quería alejarme de Fernando no era para otra cosa que para ofrecerme después su protección, y aquello fue demasiado para mi, ni siquiera me di cuenta de que me había desmayado, porque hacía rato que ya no escuchaba.

VII

Apenas se había terminado de disipar el humo del cigarrillo cuando el anciano comenzó a recuperar la entereza, bastó que Anselmo le preguntase qué hacía de noche en la Facultad de Medicina para que comenzasen de nuevo a venirle las imágenes de si mismo metiendo la comida y la linterna en la bolsa y recordase que estaba allí para cumplir una misión. El hecho de que Anselmo no avisase inmediatamente a la patrulla de seguridad llevó al anciano a confiar en él y relatarle los retazos inconexos que pudo rescatar del plan que le había llevado allí y a pedirle que le ayudase, ya que desde que comenzó a dejar papeles por todas partes tenía la sensación de que no había hecho nada más que andar en círculo. Anselmo, por su parte, sabía que se le presentaba una larga noche de insomnio por delante así que, sin duda movido también por una cierta compasión, se decidió a guiarle.

Fue una exploración pausada, en cada lugar que visitaban le explicaba lo que conocía de la estancia, si antes pertenecía a otro departamento, si lo que hubo en el pasado era otra cosa completamente diferente (como el caso de la cafetería, que era un gimnasio), alguna anécdota interesante que recordase, etc. En realidad, Anselmo no vivió la misma época que el anciano en el centro, pero pasaba allí lo que en los pueblos pequeños o las familias muy unidas, que a la menor oportunidad siempre había quien te contara viejas historias, así que tenía un cierto conocimiento, superficial, del pasado. El hombre no aportaba gran cosa a la conversación, en realidad no conseguía recordar detalles sino vagas sensaciones, pero la conversación le iba aclarando las ideas, despejándole la bruma, y sobre todo, dándole mayor seguridad.

Tras recorrer los pabellones III y IV (Farmacología, Bioquímica, Fisiología, Unidades Administrativas...) infructuosamente, hicieron una nueva parada en el hall del pabellón central para fumarse otro cigarro y poner en claro los resultados cosechados hasta el momento, lo que no era otra cosa que excusas para descansar. El anciano pareció haberse sorprendido al comprobar que lo que habían sido los quirófanos no eran ya sino almacenes de material, además de desorientarse al ver aparatos de todo tipo en los pasillos, algo difícilmente

concebible en su época, pero los recuerdos personales no habían llegado. De hecho el único lugar que le producía algún efecto era el hall en el que se hallaban descansando, el vago recuerdo de una pareja encontrándose a la hora de la salida y esa sonrisa entre tímida y furtiva de aquellos que, aún sabiendo que se deben esconder, no pueden evitar olvidar que existe un mundo más allá de el espacio común que abarcan sus miradas.

Al preguntarle su compañero de viaje que porqué sonreía, el anciano respondió que «algo pasaba aquí, algo importante pasaba en este hall», a lo que Anselmo respondió: «muchas cosas, buen hombre, muchas cosas», porque era otro de los lugares que gustaba frecuentar con su mujer, sólo por sentarse en el mismo lugar en que estaban ahora y contemplar vacío aquel espacio de ordinario rebosante de actividad. Los recuerdos que al anciano le venían con cuentagotas a Anselmo le venían en torrente, en cada esquina, en cada estancia se veía cogiéndole la mano, besándose, bailando o simplemente compartiendo el silencio. Empezó a pensar que lo que aquel extraño hombre buscaba no podía ser tan bueno, porque no concebía que él mismo pudiera perder aquellos recuerdos, aquellas sensaciones. La felicidad debería dejar una huella más profunda que cualquier otra, pensó, y recordó lo que le había contado sobre los carteles con las flechas “vengo” y “voy”, y no pudo evitar imaginar que si él tuviese que repartir carteles por el inmueble, en ellos escribiría “aquí fui feliz”. El sentimiento de lástima por su compañero era cada vez mayor.

Apagaron las colillas y decidieron emprender una nueva etapa, los pabellones V y VI.